



# RALF DAHRENDORF: UN LIBERAL ENEMIGO DE LA ORTODOXIA

**Lourdes Martín Salgado, periodista y doctora en Comunicación**



El pensador germano-británico Ralf Dahrendorf falleció en Colonia el pasado 17 de junio a la edad de 80 años. EFE

“La desigualdad aporta colorido y variedad a las sociedades”. Nos resultará casi imposible creer que esta afirmación pertenezca a un político... aunque su autor lo fue. Un político, eso sí, atípico.

En honor a la verdad, Ralf Dahrendorf (1929-2009) fue, por encima de todo, un pensador, y como tal defendió la libertad como concepto y trató de ejercerla en todas las facetas de su vida.

El insigne sociólogo desafiaba las ortodoxias y los estereotipos. Defendía que la desigualdad, lejos de ser un mal en sí misma, es la única vía para fomentar la innovación y el cambio en una sociedad. Creía que lo que conseguían los países europeos obsesionados con la igualdad era –amén de adquirirla con cargo a las generaciones futuras– que sus mentes más creativas acabarían fugándose por hastío. El progreso tiene un precio, y es que no puede alcanzar a todos al mismo tiempo y en igual medida.

Ahora bien, Dahrendorf no concebía su pasión por la libertad sin contrapesos. En su opinión, una sociedad tenía que limitar los excesos de la desigualdad con el fin de garantizar que todos sus integrantes tuvieran unos derechos básicos como ciudadanos. Entre ellos, la posibilidad de votar, pero también el acceso a una educación y al mercado laboral, la posibilidad de asociarse e incluso un nivel mínimo de ingresos. No había problema en controlar los abusos de la desigualdad, siempre y cuando no se hiciera con el fin de alcanzar la igualdad.

Su aversión hacia aquellas ideologías que procuran sociedades más homogéneas o la difusión de una verdad única no era el fruto de una elucubración abstracta sino, en buena medida, el resultado de su experiencia vital. Su niñez y su juventud estuvieron marca-

das por el totalitarismo, primero el nazi y después el comunista.

Su padre, Gustav, fue elegido diputado socialdemócrata del Reichstag en 1932, al tiempo que el Partido Nacionalsocialista obtenía la mayoría parlamentaria. En el verano de 1933, Hitler se hace con el poder y Gustav es encarcelado. Liberado unos meses después, se muda con el resto de su familia a Berlín, pero participa en la resistencia al régimen y en octubre de 1944 es condenado de nuevo a siete años de trabajos forzados. No llegaría a cumplirlos al ser liberado por las tropas soviéticas en las postrimerías de la guerra.

Un mes después de que su padre fuera encarcelado por segunda vez, el joven Ralf, con 15 años, sería internado en el campo de concentración de Buchenwald por difundir información contraria a Hitler en su escuela. Allí estuvo a punto de morir de inanición. Le soltaron de milagro, en enero de 1945, justo antes de que los soldados de Stalin alcanzaran el lugar, con un documento que, irónicamente, le prohibía cursar cualquier educación superior en el futuro.

Tras la caída del régimen nazi, los Dahrendorf volvieron a sufrir las consecuencias de la imposición totalitaria, esta vez la estalinista. Su padre reinició su actividad política en la zona de

**“Su aversión hacia aquellas ideologías que procuran sociedades más homogéneas o la difusión de una verdad única no era el fruto de una elucubración abstracta sino, en buena medida, el resultado de su experiencia vital”**

**“Siempre fue crítico con cualquier gobierno que restringiera las libertades individuales en nombre de un bien común superior, aunque fuese un gobierno democráticamente elegido”**

ocupación soviética como líder del Partido Socialdemócrata. Sin embargo, cuando en febrero de 1946 votó en contra de la fusión de su formación con el Partido Comunista, las autoridades soviéticas le reclamaron y la familia tuvo que huir de Berlín con la ayuda de sus amigos del sector británico. “Esa experiencia con el totalitarismo nunca me ha abandonado”, confesaría el sociólogo décadas más tarde.

Dahrendorf siempre fue crítico con cualquier gobierno que restringiera las libertades individuales en nombre de un bien común superior, aunque fuese un gobierno democráticamente elegido. “La única forma de defender los valores democráticos es actuar de acuerdo con ellos”, decía. Y por eso



denunció con dureza la Ley Patriótica de la Administración Bush. La consideró “el principio de un nuevo autoritarismo”, ya que el Gobierno recortaba las libertades individuales apelando a una seguridad que sólo él podía definir. Dahrendorf consideraba que reaccionar a los atentados del 11-S con iniciativas como el establecimiento de la cárcel de Guantánamo era permitir que los terroristas triunfaran. “La democracia y el imperio de la ley han recibido un golpe mucho más serio de manos de sus defensores que de sus atacantes”, llegó a escribir. Los verdaderos líderes, en su opinión, eran los que reconducían la ansiedad de la ciudadanía, no los que la explotaban.

Sin embargo, Dahrendorf no era un intelectual de los que toman partido y adaptan a éste sus opiniones. Fue por ello uno de los pocos pensadores que se atrevió a ser crítico a la vez con la “guerra contra el terror” de Bush y con aquellos gobiernos europeos que, afirmó, parecían regodearse con el hecho de que a los EE.UU. les estuviera yendo mal en Iraq. Desde su aparente superioridad moral, decía, Alemania y Francia estaban siendo incapaces de desarrollar un papel eficaz en las tareas de posguerra del país árabe. “El error más grave que podría cometer Europa es reafirmarse contra EE.UU.”, declaró por entonces en una entrevista. La confianza de Dahrendorf en el llamado poder blando, el de la persuasión





y la diplomacia, era real pero limitada, y ponía a Irán como un ejemplo de que ese poder blando no servía de mucho si no estaba respaldado por el poder duro. La doctrina del sociólogo se parecía mucho en este sentido a la de aquel proverbio que tanto le gustaba a Theodore Roosevelt: “Habla suave y lleva un gran palo”.

Para Dahrendorf, los conflictos, como la desigualdad, no eran un mal que hubiera que extinguir, sino una realidad inevitable que había que gestionar. Creía que tratar de suprimir las diferencias y buscar la armonía permanente nos abocaría a la guerra y a la destrucción en el mundo, a las dictaduras en las naciones. El secreto para garantizar la convivencia en libertad, según el insigne sociólogo, sería el de aprender a convivir con esa complejidad y canalizarla, sin suprimirla, a través de las instituciones, nacionales e internacionales.

Terminada la Segunda Guerra Mundial, Dahrendorf se trasladó a Hamburgo y allí estudió Filosofía, obteniendo su doctorado en 1952. Su segundo doctorado, en Sociología, lo obtuvo en la London School of Economics. Allí tuvo como mentor a Karl Popper, cuya definición de la “Sociedad abierta” le proporcionaría algunas de las claves que desarrollaría después en su obra.

La primera gran contribución a la sociología de Dahrendorf es precisamente un desafío a la teoría marxista, *Clases y conflictos de clases en la sociedad industrial* (1959), donde concluye que es el poder y no la clase o la propiedad lo que provoca las diferencias sociales. Es más poderoso, por tanto, el que manda que el que tiene.

En esta obra está también ya la raíz de su teoría del conflicto, y el peligro

**“Para Dahrendorf, los conflictos, como la desigualdad, no eran un mal que hubiera que extinguir, sino una realidad inevitable que había que gestionar”**

**“La confianza de Dahrendorf en el llamado poder blando, el de la persuasión y la diplomacia, era real pero limitada, y ponía Irán como ejemplo de que no servía de mucho si no estaba respaldado por el duro”**

que entraña tratar de homogeneizar la sociedad, una idea que aplicará a la historia de su país natal en *Sociedad y democracia en Alemania*. Dahrendorf nunca llegó a perder del todo el temor de que sus compatriotas tomaran de nuevo derivas autoritarias. No sólo porque diagnosticara a su nación un “virus de inhumanidad”, sino porque, en general, creía que las democracias no perviven con la mera celebración periódica de elecciones. Cada vez que el sociólogo analizaba algún acontecimiento histórico, aprovechaba para recordar que las democracias son un cuerpo vivo en permanente evolución, “una tarea a largo plazo” cuya salud hay que mantener mediante un debate constante, siendo éste tan esencial al menos como los votos.

Su inquietud por la inestabilidad de Alemania es lo que le impulsó en 1967 a emprender una carrera política. Comenzó afiliándose a un partido minoritario, el liberal FDP, y con éste se convirtió en diputado del parlamento regional de Baden-Württemberg. De esta época son sus famosos debates al aire libre con el jefe del movimiento estudiantil, el carismático Rudi Dutschke. Se celebraba en aquellos días el congreso del FDP y cuando éste chocó con las manifestaciones de los estudiantes del 68, Dahrendorf convocó a su cabecilla a debatir en público sus demandas, llevando ya a la práctica su filosofía de que el conflicto no había

que suprimirlo o eludirlo, sino lidiar con él a través de la libre discusión.

Aunque el partido liberal nunca llegó a crecer de acuerdo con sus expectativas, Dahrendorf consiguió un escaño en el Bundestag en 1969, para después convertirse en secretario de Estado de Asuntos Exteriores del primer Gobierno de coalición del socialdemócrata Willy Brandt. Crítico con su desarrollo de la Ostpolitik, Dahrendorf fue enviado a la CEE como comisario europeo, primero de Relaciones Exteriores y Comercio, más tarde de Investigación, Ciencia y Educación.

Dahrendorf recibiría posterior reconocimiento internacional como un convencido europeísta, pero sus años en Bruselas no le convirtieron precisamente en un modelo de corrección política. Su espíritu crítico le impedía acomodarse. Utilizando un seudónimo, escribió una serie de artículos críticos con las instituciones europeas, su excesiva burocracia y la deriva del proceso de integración. No estaba dispuesto a convertirse en uno de esos “europeos de profesión” de los que recelaba. Por eso, cuando le ofrecieron la dirección de la London School of Economics, aceptó encantado.

Dahrendorf siempre preservó su independencia, y eso supuso un obstáculo en su carrera política. Él era en todo caso un firme convencido, como



Max Weber, de que el mundo científico y el político no podían solaparse, y siempre rechazó la idea de que hubiera entrado en la política para llevar a la práctica su pensamiento intelectual. No pretendía tener disputas filosóficas en el Parlamento, ni someter la realidad a los ideales de la academia. Dahrendorf tenía claras las diferencias entre un mundo y otro. Simplemente quería pensar en libertad y por eso rechazó los corsés de la disciplina partidista, más aún los de las burocracias.

La única ocasión en la que entendió que sí estaba mezclando hasta cierto punto esas dos personalidades, la del científico y la del político, fue cuando se hizo cargo de instituciones educativas. Primero, al convertirse en el primer director extranjero de la London School of Economics, en la que permaneció de 1974 a 1984, una década fascinante para cualquier politólogo por abarcar la implantación del Thatcherismo.

Su otra gran experiencia al frente de una institución educativa británica tam-

bién duró una década, de 1987 a 1997. En esos años, Dahrendorf fue rector del prestigioso St. Anthony's College de la Universidad de Oxford, especializado en relaciones internacionales. En 1988 adquirió la nacionalidad británica y en 1993 fue nombrado par vitalicio por la Reina Isabel con el título de Barón de Clare Market, ocupando un escaño en la Cámara de los Lores. Primero lo hizo en la bancada del Partido Liberal, pero después pasó a ser independiente porque rechazó la petición de que se abstuviera cuando sus opiniones divergieran de las oficiales del partido.

Dahrendorf podía soportar las ideas contradictorias, y de hecho estimulaban su pensamiento. Lo que no parecía tolerar eran las incongruencias. Por eso, no podía defender a capa y espada la libertad para luego perderla sometién dose a los criterios impuestos por una organización. Respecto a las ideas difíciles de conciliar, a menudo se refería a su ideal político –crecimiento económico, sociedad solidaria, instituciones libres– como “la cuadra-

**“Siempre preservó su independencia, y eso supuso un obstáculo en su carrera política. Él era un firme convencido de que el mundo científico y el político no podían solaparse”**

**“Podía soportar las ideas contradictorias, y de hecho estimulaban su pensamiento. Lo que no parecía tolerar eran las incongruencias”**

tura del círculo”, una combinación que no por imposible había de ser abandonada. Dahrendorf se distanció de la socialdemocracia porque deseaba poner el énfasis en la oportunidad individual, pero el suyo era, como sugirió un miembro del jurado que le concedió el Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales en 2007, un liberalismo con inquietudes sociales. El diario alemán *Süddeutsche Zeitung* recomendaba estos días que “los que piensan que un liberal es alguien que quiere bajar los impuestos y no tiene interés alguno en el Estado, deberían estudiar a Dahrendorf”.

Algunos creerán ver en esta descripción una cercanía entre el pensador y la Tercera Vía con la que llegó al poder Tony Blair. Sin embargo, Dahrendorf fue uno de los críticos más agudos de aquel invento. En su opinión, resultaba extremadamente sospechoso el silencio que Blair o Schroeder mantenían en sus discursos y programas sobre la libertad individual, mientras dejaban asomar una “veta autoritaria” con frases del tipo “el Estado no debería remar, sino dirigir”. Por eso, en pleno apogeo de la Tercera Vía, Dahrendorf ya auguró que si lo que pretendían Giddens y compañía era instaurar un nuevo sistema ideológico, tendrían escaso éxito. No había base suficiente. El tiempo, como en tantas ocasiones, le dio la razón e incluso Blair abandonó el eslogan.

Otro proyecto reciente al que el alemán nacionalizado inglés aplicó su sentido crítico fue el de la Constitución Europea, “un documento que pretende ser mucho más de lo que es en realidad”. A Dahrendorf le preocupaba que en la Unión Europea se estuviera ampliando la brecha entre la imagen y la retórica grandilocuente, por un lado, y la realidad mucho más prosaica de su funcionamiento, por otro. Asimismo, le inquietaba que en el camino de la integración los ciudadanos estuvieran perdiendo derechos que él no veía recogidos en aquel Tratado. El sociólogo tendía a ser suspicaz con los procesos de internacionalización de las decisiones, pues a menudo éstos acaban comportando una pérdida de control democrático. Sabía que el Parlamento Europeo no mediaba entre la UE y los individuos. Por eso precisamente se





**“Consideraba que las mayores amenazas contemporáneas a la libertad individual eran los nacionalismos que nos retrotraen a la tribu y a los integristas teñidos de religión”**



había declarado reacio a la desaparición de las naciones-Estado. Pensaba que eran las Constituciones o los Parlamentos nacionales los verdaderos

garantes de los derechos individuales de los ciudadanos. Desafiando otro dogma, llegó a propugnar una Constitución escrita para el Reino Unido.

Autor de más de 30 libros, columnista de varios diarios europeos, Dahrendorf trató hasta el final de sus días de despertar a los demócratas complacientes que creen que los derechos de que disfrutaban son para siempre y se van a mantener solos. Y consideraba que las mayores amenazas contemporáneas a la libertad individual eran los nacionalismos que nos retrotraen a la tribu y a los integristas teñidos de religión. Tras haber visto muy de cerca las fauces del totalitarismo, Dahrendorf sabía bien cómo distinguirlo.